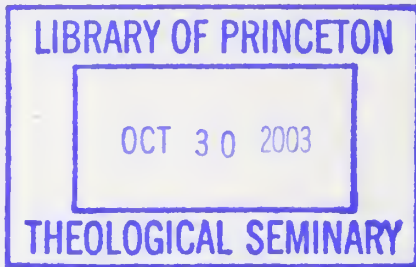


LA CRUZ ~~vol. 31~~ (1951)

PERIODICALS

PER  
BR  
7  
.C78  
1951



PER BR7 .C78

Cruz.

# LA CRUZ

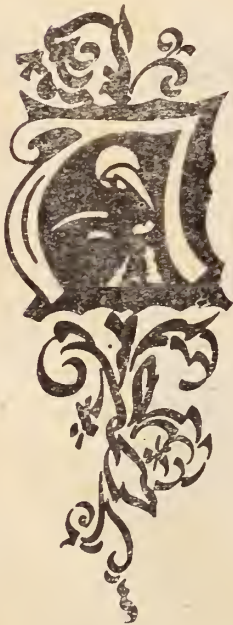
ENERO DE 1951  
TOMO XXXI No. 361





## DOS NAVIDADES

---



II, qué lejos estaba aquella primera Navidad de producir esa explosión de alegría universal, de alborozo santo que hace estremecerse al mundo entero y que, lejos de extinguirse después de veinte siglos, parece que cada año se hace más y más intensa!

Fué entonces una Navidad íntima, secreta, oculta; como que no tuvo más que dos actores: María y Jesús, la Madre y el Hijo. San José no es sino la sombra discreta que a los ojos de los profanos oculta el misterio y lo hace aparecer como cualquier nacimiento vulgar. Los ángeles, con sus esplendores y sus cánticos, lo manifestaron a los pastores, pero más tarde. Y más tarde todavía, quizá

uno o dos años después, vinieron los Magos con sus sim-

bólicos presentes (1). Pero ni los pastores, a causa de su pobreza, ni los Magos, a pesar de su opulencia, fueron parte a descorrer el velo que ocultó la intimidad de aquella primera Nochebuena.

En cambio, que a la piedad cristiana le sea dado levantar un poco ese velo y descubrir, barruntar siquiera, lo que pasó entre la Madre y el Hijo en aquella noche mil veces bendita.

## I

## ADORACION

Cuando por primera vez la Sma. Virgen tuvo en su regazo a su Hijo, que era al mismo tiempo su Dios, lo primero que hizo, antes que nada, fué postrarse en tierra y adorarlo.

El primer deber de la criatura en presencia de su Creador es anonadarse, hundirse en el abismo de su nada y desde ahí levantar su clamor hasta Dios—“**De profundis clamavi ad te, Domine!**”—para reconocer y proclamar que El es todo y nosotros nada, que El es nuestro Señor, nuestro Amo, nuestro Soberano absoluto; y nosotros somos esa totalmente suya, a cuyo dominio nos sometemos sin restricción alguna. Esto es adorar.

María, con la fe vivísima que la animaba, se dió eabal cuenta que aquel niño que tenía en sus brazos no era un simple niño: bajo aquellos miembros que tiritaban de frío, se ocultaba el Dios de “**inmensa majestad**”; que antes que su Hijo era su Dios; y Ella, su criatura, la “**esclava del Señor**”. “**Et procidens adoravit eum, y cayendo de rodillas, lo adoró**”...

Múltiples adoraciones ha recibido Dios en el transcurso de los siglos. Adán, al salir de las manos de su Creador, en la madurez de la edad y en la plenitud de sus facultades, reconoció la soberanía de Dios y se sometió a ella. Lo adoró.

Moisés, desde la eumbre de la montaña humeante, en la teofanía del Sinaí, cuando le fué dado contemplar la faz de Yaweh, lo primero que hizo fué adorarlo.

¿Y todo el pueblo eseogido, representado por sus pa-

---

(1) Herodes mandó matar a los niños de Belén y sus alrededores que tuvieran de dos años abajo; lo que hace suponer que, a la llegada de los Magos, el Niño Jesús pudo haber tenido hasta dos años de edad.

triarcas, sus profetas y todos los justos de la Antigua Ley, qué hizo durante 40 siglos sino desear y llamar al Mesías prometido y, contemplándolo en la penumbra del futuro, adorarle?

Cuando se cumplió la plenitud de los tiempos y apareció Jesucristo en este mundo, Dios ordenó que la multitud innumerable de los ángeles bajara del cielo para adorar al Dios hecho hombre: **“Et adorent eum omnes angeli ejus (2)”**.

Y durante los 20 siglos cristianos ¡cuántas adoraciones ha recibido, sobre todo en la Sagrada Eucaristía, donde ha ocultado más su majestad, pero donde nos hace sentir inefablemente su presencia!

Pues bien, si reunimos todas esas adoraciones desde Adán hasta el último de los elegidos, nada son comparadas con aquella primera adoración de María en la noche de Belén. Ninguna como ésta le ha dado a Dios tanta alabanza y tanta gloria; ninguna como ésta ha satisfecho tan plenamente los derechos y las exigencias de la justicia, de la santidad, de la majestad divinas.

## CONTEMPLACION

Después que María cumplió con este deber primordial, adorando a Jesús como a su Dios, ya hubo lugar a considerarlo también como su hijo; y entonces..... ¡lo contempló!

Gustan las madres de contemplar a sus hijos; y mirándolos, se extasían. Tienen sobrada razón: en su hijo ven una prolongación de su ser, un pedazo de su corazón, como su propio retrato, pero animado y viviente.

Y esta santa curiosidad sube de punto cuando se trata de una madre que por primera vez va a conocer a su primogénito.

¿Qué decir entonces de la Sma. Virgen que iba a conocer al que era al mismo tiempo su Hijo y su Dios?

Los ojos virginales de María y los ojos encantadores de Jesús Niño se encontraron, se fundieron en una mirada y en ella se dijeron todo su amor... ¿Qué poema, por muy sentido que sea, qué discurso, aunque haga derroches de elocuencia, es comparable a lo que en silencio dice una mirada?

(2) Ps.XCVI, 7.



Pero, tratándose de la Sma. Virgen, no solamente sus ojos mortales contemplaron la Humanidad del Verbo hecho carne, sino que, “conociendo al Dios hecho visible, fué arrebatada a la contemplación y al amor del Dios invisible (3)”; y con “los ojos iluminados del corazón (4)” recorrió los velos de aquella Carne divina y penetró hasta los arcanos de la Divinidad.

El conocimiento más elevado que de Dios pueden tener las almas santas es la Contemplación infusa, fruto del Don de Sabiduría, con la cual conocen, paladean, gustan a Dios; que de alguna manera hemos de expresar ese conocimiento sabroso de Dios.

Es indudable que la Sma. Virgen, cuya alma se movió siempre en las cimas de la más pura Mística, gozó aquella Noche de Belén de la más alta Contemplación de la Divinidad, encerrada en aquel cuerpecito que tiritaba de frío.

Lo que entonces entendió la Sma. Virgen, los horizontes infinitos que se abrieron ante su alma atónita, es imposible declararlo en el lenguaje humano; y fué a formar parte de ese tesoro que escondía y repasaba en su Corazón, “conferens in corde suo (5)”.

## AMOR

Pero una madre que contempla a su hijo no puede resistir mucho tiempo, su corazón se enardece y estalla en un torrente de caricias: lo abraza como si quisiera volverlo a introducir en sus entrañas y parece que se lo quiere comer a besos. ¿Quién no ha contemplado esa escena encantadora?

Eso mismo, pero en grado incomparable, le pasó a la Sma. Virgen. No pudo mirar a su Hijo —que era todo su encanto—, no pudo contemplar a su Dios, sin que su Corazón se convirtiera en un volcán de amor. Y el volcán estalló. María estrechó a Jesús contra su Corazón, y con sus labios virginales depositó sobre aquella frente un ósculo de amor... ósculo perfumado con la pureza de la Virgen de las Vírgenes, henchido con la ternura de la Madre de Dios...

Después del ósculo, sustancial y eterno, con que el Pa-

---

(3) Prefacio de Navidad.

(4) Ephes., I, 18.

(5) Luc., II, 18.

dre y el Hijo sellan su amor y que es el Espíritu Santo, jamás había recibido Dios una demostración de amor tan pura, tan ardiente, tan santa como aquel primer beso de María a Jesús en la noche bendita de la primera Navidad . . .

Pero ¿para qué profanar esos misterios con la torpeza del lenguaje humano? Más vale que los adoremos en silencio . . .

## II

En esta Nochebuena, un alma escogida se consagra a Dios definitivamente por los votos perpetuos. Y no puedo menos que encontrar admirables analogías entre estas dos fiestas, como lo explicaré brevemente.

A las donaciones por las cuales el alma se entrega a Jesús, corresponden otras tantas donaciones divinas. Mejor dicho, las donaciones divinas preceden a las nuestras para provocarlas, las acompañan para sostenerlas, las siguen para premiarlas. Nosotros damos de nuestra pobreza; Dios da de su opulencia divina.

Ahora bien, cada vez que Jesús se da a un alma es como si naciera en ella y renovara el Misterio de Belén. En el bautismo, Jesús nace en nuestra alma por primera vez; por eso el bautismo es un renacimiento espiritual: nace Jesús en el alma y el alma nace en Jesús.

En la Primera Comunión, Jesús vuelve a nacer en el alma con un nacimiento que podíamos llamar eucarístico, y aquella alma se convierte en un nuevo Belén.

Con mayor razón quizá, la Profesión Perpetua es un nuevo renacimiento espiritual. Todo lo que procede, postulanteado, noviciado, años de votos temporales, no son sino ensayos de vida religiosa; es una preparación, es un verdadero “**adviento**”. Los votos perpetuos son la entrada definitiva en la vida religiosa, nace el alma a esta vida y, por consiguiente, Jesús nace en el alma.

De manera que es Nochebuena en el altar y es Nochebuena en esta alma dichosa . . . aquélla con una explosión de alegría; ésta, oculta, callada, íntima.

¿Y qué cosa mejor puede hacer esta alma feliz, sino reproducir, siquiera sea muy de lejos, los mismos actos de María en aquella primera Navidad?

Además, si bien se consideran las cosas, la mejor manera de reproducir esos actos, es precisamente pronunciar



y cumplir los tres votos religiosos. El voto de pobreza se relaciona con la adoración; el voto de castidad, con la contemplación; y el de obediencia con el amor.

Veámoslo para terminar.

## POBREZA Y ADORACION

El acto supremo de adoración es y ha sido siempre el sacrificio, porque destruyendo una cosa, inmolando una vida en honor de Dios, se reconoce de la manera más elocuente que Él es el supremo Señor de cuanto existe. Por eso, porque sólo a Dios se le puede adorar, sólo a Él se le pueden ofrecer sacrificios.

Ahora bien, el alma religiosa, por el voto de pobreza, le ofrece a Dios ese sacrificio de adoración y de alabanza.

En efecto, por el voto de pobreza, renuncia a la libre disposición de los bienes materiales; no puede hacer uso de ellos, sino mediante la autorización de los superiores legítimos y en la medida en que esos bienes son necesarios. Y fácil es comprender que es mayor sacrificio renunciar al uso de una cosa que destruirla y carecer completamente de ella; como es mayor sacrificio llevar una vida de mortificación en la abundancia que en la indigencia: es el tormento de Tántalo, que se moría de sed cerca del agua.

El alma religiosa despojándose por amor a Dios de los bienes de la tierra, proclama no con las palabras, sino con la elocuencia de los hechos, que Dios es su única riqueza, su único tesoro y que en su comparación todas las riquezas de la tierra no valen nada. Y este sacrificio de adoración da más gloria y alabanza a Dios, que el incienso que se consume, que la cera que arde, que la sangre vertida en los sacrificios de la Antigua Ley.

## CASTIDAD Y CONTEMPLACION

Los ojos cubiertos de lodo no pueden ver; antes es necesario lavarlos hasta que queden perfectamente limpios. De la misma manera y con mayor razón, el alma manchada no puede ver a Dios; es preciso que se purifique para poderlo contemplar.

Jesucristo mismo lo aseguró; Bienaventurados los puros de corazón porque verán a Dios. Corazón puro es el que no tiene mezcla de afectos, sino un solo amor, el de

Dios; y esto no se verifica plenamente sino en la virginidad, en la castidad perfecta. La virgen —enseña S. Pablo— sólo piensa en Dios y para agradarle trata de ser santa; en tanto que la casada piensa en las cosas terrenas y trata de agradar a su esposo (6).

Por consiguiente, nada dispone tanto a la contemplación de Dios como la perfecta castidad, la pureza del corazón, la virginidad.

## OBEDIENCIA Y AMOR

Nuestro Señor aseguró que la prueba suprema del amor es dar la vida por el amado. Por eso el hombre no puede darle a Dios una prueba más grande de amor que el martirio. Entonces puede decirle, no con el pobre lenguaje humano, sino con el clamor irresistible de la sangre: ¡yo te he amado hasta el sacrificio, hasta el martirio, hasta la muerte!

Dios, imposable, inmortal, inmutable como es, no podía decir lo mismo al hombre; y su amor envidió —si cabe decirlo— esta prerrogativa del nuestro... Y para no dejarse ganar de nuestro amor, el Verbo se hizo carne, carne como la nuestra, pasible y mortal, instrumento de dolor, especialmente apta para sufrir.

Y cuando Jesús, desgarrado y sangrante, subió al Calvario y se clavó en la Cruz, pudo repetir con la voz de la sangre—*vox sanguinis*—lo que ya había dicho en medio de las efusiones del Cenáculo: “**in finem dilexi**”, ¡te he amado hasta el extremo, hasta la sangre, hasta la muerte!

Pero no hay solamente el martirio en que se derrama la sangre de las venas y se muere una sola vez; hay otro martirio en que se vierte la sangre del alma y se muere cada día—“**quotidie morior**”—: es la vida religiosa.

El último reducto a donde se refugia nuestra personalidad, después de haber sacrificado todo lo demás, es la voluntad, santuario inviolable donde sólo Dios puede penetrar; lo último que el hombre sacrifica, a lo que se aferra desesperadamente, lo que prefiere a la misma vida, es su

---

(6) I Cor., VII, 34.

libertad, prerrogativa divina por la cual el hombre se yergue hasta las cercanías de la misma Divinidad.

Pues bien, todo eso sacrifica el alma religiosa por el voto de obediencia; por él, para siempre encadena su voluntad y renuncia a su libertad para siempre...

Obedecer siempre, renunciarse sin cesar, sacrificarse todos los días, no ser libre nunca: tal es el supremo martirio y por consiguiente la prueba suprema del amor.

\* \* \*

Pues bien, amada hija, cuando la Hostia Santa, ante la cual vas a pronunciar tus votos perpetuos, baje a tu corazón, se convertirá en un nuevo Belén.

Reproduce entonces, en tu pequeñez, aquellos actos de la Sma. Virgen en la primera Nochebuena; y a ese Niño encantador que acaba de nacer en tu alma, adóralo con tu pobreza, contéplalo con los ojos limpios del corazón y dale la prueba más grande de amor sacrificando tu libertad para siempre.

Y al renovarse de esta manera íntima el Misterio de Belén, habrá en tu alma campanas de gloria, fulgores de fiesta y cánticos celestiales que repetirán, con un nuevo y profundo sentido, el himno veinte veces secular:

**“Gloria in excelsis Deo et pax hominibus bonae voluntatis!**

**¡Gloria a Dios en las alturas y paz a los hombres de buena voluntad!”**

J. G. TREVIÑO, M. Sp. S.



# El Camino regio del Amor

-- IX --

## AMOR Y PUREZA DE CORAZON



La hacer esta revista de virtudes, quiero, como lo dije en un artículo anterior, dar ocasión para que examinemos las distintas regiones de nuestra alma y veamos si hay por ahí algún apego que impida la soberanía absoluta del amor divino.

Y puesto que andamos a caza de apegos, quiero hablar de un terreno en el que los apegos suelen ser frecuentes y que por tener alguna analogía con el asunto de que hablé en el artículo

anterior, me parece oportuno tratarlo aquí.

Me refiero a **los afectos a las personas**.

Es muy propio del corazón apeгarse. Alguien dijo que el corazón humano es como las trepadoras, que por donde quiera que pasan van echando raíces. Y en efecto, es así. Nos apeгamos a todo: lugares, trabajos, cargos, etc.; pero, a lo que solemos apeгarnos más es a las personas.

Y es muy natural, es muy humano que así sea.

Y esos apeгos son quizá más frecuentes en la mujer, porque es propio de ella tener un corazón muy afectuoso y muy sensible. Y si siempre hay que tener mucho cuidado con el corazón, la mujer debe tenerlo de una manera especial.

Pienso que en los varones hay que tener mucho cuidado con la cabeza, y en las mujeres hay que tener mucho cuidado con el corazón.

Como la religiosa, no por haberse consagrado a Dios deja de ser mujer, aun en ella suelen brotar esos efectos

en el corazón que llegan a ser un poco desordenados; no en el sentido de que sean pecaminosos (1), pero sí en el sentido de que vengán a estorbar el pleno desarrollo del amor de Dios.

Para que comprendamos hasta dónde llega este peligro y por qué brotan estos afectos, voy a haer algunas consideraciones.

\* \* \*

El corazón humano no puede vivir sin afectos y, como dije, de una manera especial en la mujer.

Cuando llega el amor de Dios a enseñorearse del corazón, entonces el corazón ya no necesita nada, porque Dios le basta.

Y en Dios y por Dios puede tener afectos mucho más profundos e incomparablemente más dulces que los afectos humanos.

Sta. Teresa del Niño Jesús, cuando sintió en su corazón aquella sed de almas, dijo: ahora comprendo cuánto mejor es tener estos grandes afectos, que no son otra cosa sino la expansión del amor de Dios, y no haber atado mi corazón a un afecto egoísta y estéril con algunas personas de mi familia.

Tenía mucha razón.

Pero como para llegar a esa cumbre en que el amor de Dios domina por completo y satisface todas las aspiraciones se necesita tiempo, antes de llegar allá el corazón se siente vacío...

Por la separación, por la muerte, por las diversas vicisitudes de la vida, nos llegan a faltar los afectos que formaron el encanto de nuestros primeros años; entonces el pobre corazón empieza a buscar... y claro: todo el que busca, encuentra. Y empiezan a nacer afectos que muchas veces parecen absolutamente inofensivos. Y nos decimos: aquí no hay nada malo, este es un afecto enteramente puro, es un afecto que me ayuda a ser bueno, a buscar a Dios, a caminar por los senderos de la perfección... Y si se llega el caso, hasta se recuerdan ciertas amistades que ha habido entre los santos y que no por ellas dejaron de ser santos.

---

(1) Aunque estos afectos en las personas virtuosas no suelen ser pecaminosos sino imperfectos, claro está que, si se dejan desarrollar y crecen, sí pueden llegar a ser causa de pecados y aun de faltas graves.



Está muy bien: los afectos pueden ser hasta útiles, pero también pueden ser peligrosos. No tanto, vuelvo a decir, en el sentido de que conduzcan siempre al pecado, sino en el sentido de que impidan, por lo menos, la perfección y la plenitud del amor. Por consiguiente, hay que tener mucho cuidado con el corazón.

No olvidemos lo que enseña San Juan de la Cruz: que antes de que Nuestro Señor llene por completo el corazón, pone al alma en soledad. Y para poner al alma en soledad, se necesita que se acaben todos esos afectos.

Debemos, por consiguiente, hacer un examen cuidadoso de nuestro corazón para ver si le pertenece totalmente a Jesús, para ver si no hay por ahí algún afecto parásito que sea preciso arrancar.

\* \* \*

Para calificar los afectos pueden darse varias reglas. Una sería decisiva, pero difícil de aplicar: cuando tenemos un afecto, podíamos preguntarnos: ¿a quién busco? ¿busco a Dios? ¿busco a esta persona? ¿me busco a mí mismo? Y según lo que busque, así será el afecto. Si busco a Dios, perfectamente. Si me busco a mí mismo o a alguna criatura, la cosa no anda bien.

Digo, es un poco difícil, porque se necesita mucha capacidad psicológica para descubrir en el fondo a quién se busca; tanto más, cuanto que con mucha facilidad podemos ingeniosamente engañarnos. —Yo busco a Dios, porque lo que pretendo con este afecto es tener un corazón en donde desahogarme; si no me desahogo estoy inquieto y no puedo ir a Dios. Luego busco a Dios. Quizá sea un poco atrevido el argumento.

Hay otra regla más fácil de aplicar: **los afectos santos no producen inquietud.**

Cuando un afecto pone inquieto el corazón, y no se puede pasar mucho tiempo sin hablar con aquella persona, y estamos con frecuencia pensando en ella, y nos asedia su imagen en la hora de la oración, y en todo y por todo volvemos nuestros ojos allá, ese afecto es sumamente sospechoso.

Los afectos que se fundan en Dios son de otra manera, son tranquilos. A las veces hacen sufrir, —¡cómo no!, a San Pablo lo hacían sufrir las almas: “**Quis infirmatur et ego non infirmor? quis scandalizatur et ego non**



uror?—¿Quién sufre sin que yo sufra? ¿quién se escandaliza sin que yo sienta que arden mis entrañas (2)?” Luego hacen sufrir, pero no producen inquietud.

Otro indicio muy claro de que un afecto no es pura y verdaderamente por Dios, son **los celos**.

El amor de Dios tiene **celo**, pero no **celos**. El celo que consiste en desear que Nuestro Señor sea glorificado, que todas las almas lo amen, el celo de salvarlas a todas... Pero qué distintos son esos “**celillos**” que indican un apego humano, un afecto puramente sensible...

Sin duda que en la mujer los celos son como muy naturales; sin embargo, esos afectos que producen celos, frecuentísimamente son humanos. Porque a las veces puede haber celos, por imperfección, hasta en el amor divino: cuántas veces algunas almas sienten cierta envidia con las almas santas, porque les parece que Nuestro Señor se ocupa demasiado de esas almas predilectas y no se ocupa de ellas que están muy abajo... Esto es falso y no tiene razón de ser: tratándose de Dios no debe haber celos, porque los celos vienen de que dos o más personas se disputan un mismo corazón. Pero el Corazón divino lo pueden poseer millones de personas, porque es un Corazón infinito; y de tal manera lo posee una, como si no tuviera otra que lo poseyera, y sin embargo, lo pueden poseer millares y millones...

Conviene muchísimo examinar sin un afecto es causa de celos; porque en tal caso ese afecto no va por buen camino y es un obstáculo al amor de Dios.

No vayamos a pensar que esos afectos sólo se deben quitar porque son pecaminosos; no, también deben quitarse cuando estorban la plenitud del amor de Dios, cuando impiden que se desarrolle plenamente.

En el corazón de un cristiano que busca la perfección no puede haber más afecto que el amor divino y los afectos que sean una prolongación del amor de Dios.

El ideal del corazón es este: que todos los afectos legítimos se divinicen, que no haya en nuestra alma más que caridad, y que esta caridad abarque todos los objetos de nuestros afectos y los engrandezca y los divinice.

Para llegar a esto, claro está que se necesita tiempo y esfuerzos y gracia de Dios. Pero lo que sí podemos hacer desde luego es trabajar en ir eliminando todos los

---

(2) II Cor., XI, 29.

afectos que puedan quitarle a nuestro corazón la preciosa soledad que se necesita para que Nuestro Señor tome plena posesión de él.

Examinemos, pues atentamente nuestros afectos y, sin compasión, arranquemos todo lo que pueda ser un obstáculo al amor de Dios. No vale la pena que, por conservar un afecto que no puede satisfacernos, que no puede hacernos felices, que no puede llenar nuestro corazón, vayamos a perder ese amor de Jesús que como lo estudiamos al principio constituye nuestra felicidad y nuestra perfección.

\* \* \*

¿Y cómo se arrancan esos afectos?

En primer lugar, para curarse de un afecto desordenado se necesita ante todo **querer**.

Así como dijo Santo Tomás de Aquino cuando le preguntó su hermana: —¿Qué se necesita para salvarse? —Querer. Así también: —¿Qué se necesita para quitarse un afecto? —Querer. Porque si no se quiere, no se quita.

Si una persona no se resuelve a quitar un afecto y sólo se propone usar tales o cuales paliativos, tomar estas o aquellas precauciones, se engaña a sí misma; porque, conservando en el fondo el mismo afecto, éste producirá los mismos malos efectos, es decir, seguirá siendo un estorbo al amor de Dios.

\* \* \*

No; debemos tener una resolución verdadera, sincera y firme de quitarlo.

Teniendo esa resolución, estos son los medios:

Primero, **no fomentar el afecto**. Porque si lo fomentamos, no se acabará nunca, antes crecerá cada vez más.

Imaginémonos una persona que enciende una hoguera y que le está constantemente arrojando más y más combustible, y que dijera: —¡Esta hoguera no se quiere apagar! —¡Pero cómo se ha de apagar mientras le estén atizando!

Y así nos pasa muchas veces: —¡No puedo quitarme este afecto! —¡Pero cómo has de poder, si lo estás fomentando!

Y se fomenta el afecto tratando con esa persona, pensando en ella, manifestándole afecto, etc.

Quien quiere de veras quitárselo, necesita, de una manera discreta, dejar que la hoguera se extinga, no echarle más leña.

Y esto hay que hacerlo, decía, de una manera discreta; porque si se tiene una especie de obsesión: —Me voy a quitar este afecto... debo quitarme este afecto...; eso mismo lo está fomentando.

Es muy común en el mundo que, cuando una persona lleva un amor en el corazón, le gusta hablar de ese amor, aun cuando sepa que la persona con quien conversa se lo va a contrariar: no importa que se lo contraríe y se lo reproche, con tal de hablar de lo que lleva en el alma.

De manera que estar con la idea fija de destruir este afecto y, por consiguiente, pensando constantemente en él, produce un efecto contraproducente. Lo mejor es no pensar, lo mejor es no hacer caso.

En segundo lugar y sobre todo, para quitar un afecto **hay que fomentar otro**: para quitar esos afectos que pueden ser desordenados, hay que fomentar y acrecentar en nosotros el amor de Jesús. Si lo amamos, fácilmente despreciaremos todos los afectos que pueden estorbar la marcha del amor en nuestra alma.

\* \* \*

He señalado, pues, este terreno muy propio para quien anda a caza de apegos: el afecto a tal o cual persona.

Tengamos siempre una grande vigilancia sobre nuestro corazón, porque el corazón es lo que Jesús ama más que todo. Por encima de todo, nos pide el corazón; lo quiere todo y lo quiere perfectamente. Y es necesario que nuestro corazón esté siempre puro, siempre limpio, siempre vacío, porque es la gran ofrenda que le debemos presentar a Jesús.

LUIS M. MARTINEZ,

Arzobispo de México



“Si no os hicieréis  
como niños . . .”



A palabra de Jesús excede al pensamiento del más grande de los paganos.

El pagano forjaba, con maestría, diálogos y banquetes. Los dioses mismos de su Olimpo inspiraban bellas ideas durante las libaciones.

La palabra de Jesús descendía lentamente. Él “hablaba a las multitudes tal como la montaña hablaría a la planicie”.

Un día enfocó el tema de la humildad sin preámbulos. El tema extraño en las escue-

las de filosofía y en los jardines que se embellecían con fragmentos de verdad de los espíritus que razonaban.

Por dentro, en la extendida luz de su inteligencia sin riberas, Jesús vivió de continuo la hazaña áspera de su humildad; pero no la vivió ásperamente.

Nítida, con dibujos bien hechos, estaba la trayectoria sin tachaduras de su vida.

Y como su vida, así, ni más ni menos, su doctrina.

No se desdeñó de entreabrir los pétalos de su espíritu y de dar a sorbos la dulzura del panal más exquisito cuando habló de la humildad.

Se advierte que su enseñanza quiere apoderarse de la claraboya espiritual por donde asoman las almas.

En el camino y en la casa enseñó humildad.

Y dijo en la palabra, lisa y pulida, la doctrina de la virtud extraña de la humildad.

\* \* \*

**“Si no os hicieréis como niños... El mayor, hágase como el menor... El amo, hágase el servidor...”**

Concepto que viene a trastornar los caudales que la mente humana había aprendido en las escuelas.

No es esto lo que solían pensar los que acarreaban la obsidiana de Naxos o pulían las columnas de la Acrópolis, ni lo que soñaron en Olimpia los iniciadores de los acontecimientos atléticos más sonados de la antigüedad.

Concepto sacado de una veta insospechada, tan insospechada que sin perforar la tierra lo sacó de su mismo tesoro de las junturas de la divinidad y de la humanidad en el seno de una Virgen.

Como buen maestro se fué derecho al fondo y se tomó el trabajo del Maestro de primaria. En humildad enseñó primaria, porque a eso estaban apenas los alumnos y así los fué llevando, graduando sus lecciones con el ritmo del tiempo y la más alta terminología de la eternidad.

**“Si no nos hicieréis como niños...”** Luego tenían que hacerse como niños.

En varios puntos así eran. No eran niños en pescar, ni en remendar sus redes, ni en conocer las orillas del lago y distinguir los buenos campos y las malas cosechas...

Pero sí eran niños en filosofía, en artes, en lenguas; eran pequeños balbucientes y desaplicados.

Jesús quería que se hicieran como niños, cada uno de por sí, singularmente, en el campo de la conciencia frente a Dios y frente a los demás hombres.

¡Y cuán difícil es que un hombre viejo o todavía en la madurez de la vida sepa despojarse por dentro de su madurez, de su posición, de sus “poses”, para ser transparentemente un niño!



A Jesús le interesaba en gran manera que ellos entendieran. Y entendieron.

\* \* \*

Afortunadamente no hubo que desbrozar el camino interrumpido por enseñanzas caducas de hombres.

El concepto de la humildad expresado con la fórmula: “**si no os hicieréis como niños**” puede caber, a primera vista, dentro de una filosofía puramente humana.

¡Qué cosa más razonable que, al sondear la inteligencia humana las raíces del ser y de las cosas, se vuelva ella, por su pequeñez, como niño ante Dios y ante los hombres!

La mirada superficial puede creer que el hacerse como niño es un sentimiento de unción, hecho de merengue sentimental y depresión estudiada.

Puede pensarse que es fácil entrecerrar los ojos y guardar con celo reiterado las entradas de pensamientos de exaltación y de orgullo.

Esto es fácil; pero eso no es ser niño en el sentido que Jesús lo enseñó.

Se ve claro que no es esto, ni es algún otro sentimiento humano de “**bonhomie**”; porque Él, según se desprende del Evangelio, no fué así.

Y porque los Apóstoles y los Santos, genuinos intérpretes prácticos de la doctrina, han tomado camino diferente.

Ser niño, al estilo de Jesús, no es acicalar el espíritu y rejuvenecerlo con máximas y sentencias de moralistas que no saben nada fuera del tesón humano, del esfuerzo humano, de la calamidad humana más terrible sin la gracia, que es la actividad; de la portentosa presea del espíritu con la gracia que es la actividad ungida por el don del Espíritu Santo.

Ser niño, a su estilo, no es la faeundia en conversaciones con gente agradable, ni es el refinado placer de gustar las viandas con el gracejo en los labios y la dulzura esparecida en los comensales.

Jesús es niño de otro modo, como Él sólo lo ha sido, como lo han sido en menor escala sus imitadores.

Fué niño en las alegrías perfumadas de las tardes galileas y en los caminos sombreados de terebintos o dorados por los trigales.



El gozaba con lo que es gozo y cadencia y armonía; con los pájaros que madrugan y emigran cantando, con los lirios del campo vestidos más ricamente que los reyes en sus palacios.

Ninguna inhibición le detenía, porque Él veía todo como se debe ver y gozaba de las cosas como se debe gozar.

Su trato no agarrotó los sentimientos ni secó ninguna risa en las callecitas de las aldeas.

Y si esto no fuera muy claro, Jesús fué niño, derramando lágrimas sobre Jerusalén, junto a la tumba de Lázaro y en la Cruz, teniendo el dolor que es humano y el sentido infantil que ve con transparencia las cosas a lo divino, sin egoísmos, ni segundas intenciones, ni doblez, ni desatinos.

\* \* \*

Permanecer niño es recibir todas las cosas como debidas, sin tener conciencia de venganza ni buscar trastiendas en que guardar aprisionados los sentimientos, por un pudor estudiado o un temor de quedar mal delante de los demás.

El hacerse como niño era para Jesús un trabajo en dos etapas: primero una etapa de trabajo propiamente dicho, expresado en la fórmula negativa.

Los que dominan a los pueblos se llaman bienhechores; entre vosotros no ha de ser así, es decir, vosotros no os habéis de preciar de preeminencias ni canongías.

Este trabajo supone conciencia de las propias pasiones que tienden a la propia preponderancia; supone la doctrina corriente entre los que no eran discípulos de Cristo; supone la voluntad de vencimiento.

La segunda etapa, el alcanzar propiamente a ser niños, mejor que trabajo, se puede llamar premio del trabajo o fruto.

Ser niño en el orden de la conciencia ante Dios, significa ser pequeño, significa no reflexionar mucho sobre sí y alcanzar en la actitud infantil una actitud espontánea y ya hecha de ideas asimiladas y saboreadas sin razonamientos laboriosos.

Ser humilde se equipara a la fórmula hacerse como niños.

En toda inteligencia que con seriedad piensa la palabra de Cristo, si la profundiza un poco, existe un fondo de rebeldía que no quiere abdicar ninguna preeminencia.

Cualquiera vislumbra enormes reservas de abnegación bajo esa palabra perfumada con hálitos poéticos.

Se puede pensar que el ser niño así, como Jesús lo dijo, es cosa fácil para quien razona y piensa. Nada más falso.

Es práctica común para hombres que piensan, elogiar en otros la filantropía y ufanarse de hacer bien. La conveniencia humana misma dice lo alto de esta noble labor; pero hombres sesudos, de buenas costumbres, de buen carácter, indiferentes en materia religiosa, no alcanzan a comprender la altísima doctrina que pobló de luces el mundo y debe haber sembrado de luces el mar de Galilea.

No es este: "**Ser como niños**" resultado de filosofías y raiocinios.

El concepto expresado por Jesús no es pasto de vulgaridad filosófica. Es trasunto sobrenatural de las cosas celestiales.

Así pensó Él; y sigue flotando en el mundo de la Santidad la doctrina más celestial que han pronunciado los labios...

TARSICIO ROMO, M. Sp. S.

## LA CRUZ

REVISTA MENSUAL DE ASCETICA Y MISTICA

dirigida por los Misioneros del Espíritu Santo.

Tomo XXXI

1º de Enero de 1951

Núm. 361

Director: J. G. TREVIÑO

Apartado postal 1580. Oficinas: Madero 42-31.

Teléfono 35-00-99

México 1, D. F.

### SUSCRIPCIONES:

Por un año \$ 5.00. — Número suelto, \$ 0.45

En el Extranjero, un dollar U. S. A.

—A los agentes, descuentos especiales.—La persona que coloque 10 suscripciones, pago adelantado, recibirá una gratis por un año.

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA Y  
PERMISO DE LOS SUPERIORES

Registrado como Art. de 2ª clase en la Oficina de Correos de Tlalpan, el 1º de febrero de 1921 y en la Oficina de Correos de México, el 20 de enero de 1927.

# La vida de unión con Jesús

SEGUN LA DOCTRINA DE MONS. GAY

Después de haber considerado LOS PRINCIPIOS GENERALES así como LAS CONDICIONES DE ESA VIDA DE UNION, vamos a ver, por último, LA PRACTICA DE LA VIDA DE UNION con Nuestro Señor.

En la tercera y última parte de nuestro estudio, consideraremos los siguientes puntos: *la Imitación - la Oración - el Trabajo - el Prójimo - el Dolor - la Infancia espiritual.*

## LA IMITACION



ESDE este mundo podemos vivir en una unión real y continua con Jesús; lo podemos y lo debemos. Esta seguridad establece al alma en una paz inefable. ¡Qué bueno es permanecer aquí, Dios mío! Ciertamente que no es una tienda lo que pretendemos levantar (1); una tienda es algo demasiado frágil y que-

remos edificar, construir, una casa capaz de desafiar la lluvia, el viento y la tempestad”.

“Por tanto, mi dulce y adorado Señor, es un deber para todos desposarnos con la vida de Jesús, entrar en ella, participarla a tal grado, que esa vida divina se convierta verdaderamente en la nuestra (2). Tal unión, aún sólo entrevista, produce en el alma la impresión de un hogar que la calienta”.

“El Corazón de Jesús es un fuego tan ardiente que es capaz de devorar el mundo; pero nada tan distinto de este fuego como el de la fiebre de nuestras pasiones y aún de nuestros entusiasmos. Eleva el corazón y lo dilata, pero lo dilata en la paz y lo eleva en el orden. Es un fuego saludable, un calor sano y puro que aviva el valor, excita la voluntad y centuplica las fuerzas. Como no es de la tierra, hace que el hombre sea capaz de hacer en la tierra cosas celestiales (3)”.

Mons. Gay nota expresamente que esta comunión de vida es nuestro deber. “Los desposorios de las almas con Jesús no son una palabra vana. El alma cristiana no vive ya sola, comparte místicamente la condición humana de su esposo, como su esposo comparte la de ella (4)”.

\* \* \*

Es necesario pues entre el esposo y la esposa comunión de vida. ¿Qué unión podría haber, si faltara ésta? Y desde que ésta existe, la unión es perfecta.

La necesidad de esta alianza la comprenden más fácilmente las almas llamadas a la alianza especial que consagra la vida religiosa; pero se impone a toda vida cristiana.

“Ser uno con Dios en Cristo es todo el destino de las criaturas, todo el objeto de su existencia, todo el programa de su virtud, todo el interior de su historia; y la ciencia de esta unión y el medio de realizarla es todo nuestro Evangelio”.

“Por el discurso de Nuestro Señor después de la Cena, comprendemos bastante que, si Él trabajó tanto y sufrió tanto sobre la tierra. —Él, el Israel celestial, voluntariamente desterrado lejos de su patria eterna—, es por poseer a su Raquel (5), que por derecho es toda la Humanidad, pero que de hecho, a causa de la malicia del hombre, no es sino la Santa Iglesia y cada una de las almas que forman la Iglesia”.

“Jesús quiere, pide, merece, obtiene, que esta esposa esté ahí donde Él está, en el seno, en la paz, en el gozo de su Padre. Quiere, pide, obtiene que el amor del Padre, es decir el Espíritu Santo, esté en ella como en Él, sellando su unión de tal suerte que, Ella y Él, sean uno como Dios y sean consumados en la Unidad (6)”.

“El matrimonio espiritual que se contrae en el bautismo entre Cristo y el alma es un estado de unión, un principio permanente, un derecho mutuo, una gracia inagotable de unión. De esta manera el bautismo, en todos los que lo reciben, es el primer éxito de la oración y de los deseos de Jesús y el primer fruto de sus méritos y de su sacrificio”.

“El Evangelio nos cuenta la vida del Esposo, su condición terrestre, el camino por donde va, la carrera con la que avanza, la tarea que realiza; la Cruz resume todo el

Evangelio y lo que la Cruz y el Evangelio ponen ante nosotros, la Eucaristía —complemento del bautismo— pone en nuestros corazones su sustancia y su virtud”.

“La obligación de la esposa en cuanto a la unión consiste, por tanto, en considerarse siempre y en conducirse en todo como si no tuviera con el esposo sino una sola y misma vida, una sola y misma existencia. **“Todo lo que es mío es tuyo y todo lo que es tuyo es mío”**: tal es la divisa de Cristo y del alma bautizada. Puede decirse que esas palabras están grabadas sobre su anillo nupcial”.

“Esa comunidad de bienes y esa unidad de vida con Cristo es el fondo del estado cristiano; un solo espíritu, un solo corazón, una sola voluntad, un solo fin, un solo interés; los mismos trabajos, las mismas alegrías, las mismas penas, la misma manera de apreciar, de sentir y de obrar: tal es su regla. Todo lo que se aparta de esta comunidad, todo lo que viola o altera esta unidad, es malo o imperfecto. La esposa debe en todo conformarse, ajustarse, unirse y adherirse a Jesús, sobre todo en lo que se refiere a su interior, según lo que está escrito: **“Tened en vosotros los sentimientos de Cristo (7)”**. Es preciso amar lo que ama Jesús, odiar lo que detesta, huir de lo que Él se aparta, buscar lo que Él desea”.

“En toda verdad y perfección vivió en la tierra en unidad con su Padre; de la misma manera, lo repito, debemos, a lo menos por el deseo, la intención y la tendencia, vivir en unidad con Él. **“Tú en Mí, oh Padre mío, y Yo en ellos”**, dijo a Dios mostrando a sus discípulos: Permaneced en Mí, vosotros los que sois míos, permaneced en mi amor (8), porque yo también permanezco en vosotros. Yo soy la vid y vosotros las ramas (9). Yo soy la cabeza y vosotros los miembros. Yo soy el esposo y vosotros sois la esposa. Somos dos en una misma carne, en un mismo espíritu”.

\* \* \*

“Esta unión de Cristo con el alma tiene su modelo en la unión sacrosanta del Verbo con su Humanidad. ¡Quién podrá decir hasta qué grado esa Humanidad estaba entregada al Verbo, su Esposo! ¡Qué feliz es esa santa Humanidad y cómo en presencia de esa dicha íntima, esencial, capital, permanente, de sus nupcias con Dios, todo lo demás, esto es, sus alegrías y sus dolores humanos,



se borran para ella! ¡Y cómo los nuestros también se borrarían, si amáramos a Jesús como merece ser amado!”

“Esa Humanidad con la cual se revistió el Verbo está inundada de gracia, saturada de delicias, transportada de amor, embriagada de unión. Sin perder nada de esa estabilidad del estado que resulta en ella por la perfecta proporción de su ser a su destino maravilloso, toda ella se derrite bajo ese óseulo viviente, sustancial, pleno, infinito que la Divinidad le da. Está tomada y poseída totalmente y el que la posee la colma de bienes”.

“Pero esta Humanidad ¿sólo es pasiva? ¿no hace más que recibir? ¿no aporta nada a su Esposo? ¿está desprovista de toda dote? —Tiene una dote en la que ha puesto algo suyo, aporta a Dios algo que posee como propio, algo que ella tiene y que Dios no tiene ni puede tener ni lo tendrá nunca sin ella; le aporta su pasibilidad, su mortalidad, raíz indispensable de su pasión y de su muerte, es decir, de su sacrificio. Tal es su dote, tales son sus joyas”.

“¡Oh, qué feliz es al mostrarse así adornada y pagar de esta manera su dote! Dios la enriquece sin duda con joyas magníficas, pero esa joya preciosa del dolor no la encuentra en sus tesoros divinos. Un Dios no puede sufrir ni siquiera por amor. Ella le da a Dios el poder hacerlo”.

“¿Hasta dónde se eleva entonces la dignidad y el valor del sufrimiento? Por él, la Humanidad de Jesús se dispone, en cuanto es posible, para ese matrimonio divino para el cual nació gratuitamente destinada. Desde que existe, tiene conciencia de sí misma, se refugia a la sombra de la Cruz y ofrece de antemano a Dios los frutos nuevos, sagrados, exquisitos, de este árbol desconocido en el paraíso de la naturaleza divina. Abrigada bajo esas sombras sagradas es como puede sostener las deslumbradoras y devorantes claridades de ese Verbo de Dios que la toma por esposa. ¡Oh, cómo se siente así aliviada y contenta! ¡Qué digna es y cómo sin dejar de ser humilde tiene el derecho de sentirse ufana!”

“Este es un aspecto muy trascendental del Misterio de la Cruz. Ese misterio no considera aquí sino a Dios y a la Humanidad santa, abstracción hecha de toda influencia ulterior sobre las criaturas. Es la dote de Cristo, con la cual paga, en cuanto puede ser pagada, la gracia de la unión hipostática (10)”.

¡Qué cántico de amor, si nuestra fe fuera más viva, cantaríamos a Cristo que toma a nuestra alma por su es-



posa y qué grande sería nuestro gozo al asegurar el más elevado grado de santificación a nuestras obras, entregándole sin reserva esa pequeña humanidad que somos cada uno de nosotros, para que la gobierné según su beneplácito!

\* \* \*

“Tiende sin cesar a lo mejor y a lo más santo, escribía Mons. Gay a una persona del mundo, a lo que Jesús prefiere, a lo que comprendes que hubiera hecho en tu lugar o más bien, a lo que quiere hacer en ti; porque permanece en ti lleno de complacencia, como en su pequeña humanidad de gracia, para continuar en ella amando, orando, sufriendo sobre la tierra; y todo por el honor de su dulcísimo Padre Celestial y por la salvación de sus hermanos (11)”.

Una religiosa recibía el mismo consejo que vuelve con frecuencia bajo la pluma de Mons. Gay: tal es la importancia que le da.

“Entrégate totalmente, querida hija, y cada día al Espíritu del Señor, partiendo de esta seguridad, de que la gracia está en ti y vive en ti, con objeto de operar tu transformación en Cristo. Olvida todo lo humano para no pensar más que en esto: ahí concentra tus deseos, tus esfuerzos y la eficacia de tus oraciones. Ser de Jesús, como Jesús es nuestro; ser la humanidad de Jesús para seguir trabajando, sufriendo y muriendo, y completar así lo que le falta a su pasión bendita; ser de Jesús como Él es de su Padre; adorador, vasallo, pertenencia total, correspondencia sagrada, dominio, ciudad, trono, altar, sacrificio; y todo esto en la paz, en la sencillez, en la confianza, en la humildad, en la acción de gracias, en el gozo sobrenatural y sobre todo en el amor. Una mirada también sobre María, la más fiel de las imágenes de Jesús y la predcesora, la madre, el modelo de todos los que lo aman (12)”.

Nuestra perfección es ser la imagen de Cristo, de modelarnos sobre Él, ahí está la unión verdadera, la unión perfecta; y nuestra principal aplicación debe ser mirar a Jesús para reproducirlo fielmente.

“Estudia a Jesús en su vida: cada uno de sus actos es una lección, cada una de sus palabras es una fuente de gracias. Consideremos lo que es para Dios, su divino Padre; cómo lo adora, cómo lo obedece, cómo le sirve. Consideremos lo que es para los hombres, sus hermanos;

todo lo que les soporta, todo lo que les perdona y en fin, cómo se da a ellos por amor. Consideremos también sus sentimientos y toda su manera de ser respecto de este mundo, de sus bienes, de sus honores, de sus placeres; la estimación que hace del trabajo y del dolor, que son el fondo de la vida humana, y la parte que toma de ellos (13)''.

¡Esta contemplación incesante es ya por sí misma una gracia tan grande!

“Jesús es un modelo acabado, pero que une tanto amor a sus demás perfecciones que, lejos de desalentar, atrae. Tengamos presente que obra sobre los que quieren imitarlo; que es el primero en mirar —¡y con qué mirada!— a los que les pide que lo contemplen para copiarlo y que el gran secreto de asemejarnos a Él es dejarle que opere en nosotros. “**No cesa de obrar**”, nos dice: ¡y qué bien nos sentimos cuando nos abandonamos a su acción!”

“Cuando la verdad es la que se conoce, el corazón está donde está el conocimiento, y el ser está donde está el corazón.”

“El conocimiento y el amor de Jesús son una magia que cambia la faz de las cosas: no que la naturaleza no sienta lo que la toca en bien o en mal, pero no obramos ya, aun interiormente, según el sentimiento que tenemos, antes bien, nos movemos por principios más altos. La gracia sola nos impulsa y nos gobierna. Lo que está abajo de ella, está en nosotros como si no estuviera, puesto que no tiene ya sobre nosotros influjo alguno. Esto es estar muerto a la vida de Adán y resucitado a la vida de Cristo; esto es haber sido libertado por la verdad y habernos entregado al amor; este es el reino de Dios en el alma: su trono descansa todavía sobre ruinas, lo que no sucederá en el cielo, pero es al fin un trono (14)''.

El alma, deseosa de vivir como verdadera esposa, ambiciona ser ese trono para Jesús y con frecuencia, y con el fin único de hacerlo más sólido y más libre, viene a buscar tras de las rejas del claustro una protección para su debilidad y una intimidad más deliciosa para su corazón...

#### SEMINATOR CHRISTI

#### NOTAS:

- (1) Matth., XVII, 4.—(2) “*Mihi enim vivere Christus est*”. Philipp., I, 21.—(3) *Elévations*, II vol., p. 427-428.—(4) 1e. série, p. 1.—(5) Gen., XXIX, 18.—(6) Joann., XVII, 23.—(7) Philipp., II, 5.—(8) Joann., XV, 4.—(9) *Ibidem*, XV, 1.—(10) *Elévations*, I, p. 160-161.—(11) 1e. série, p. 367.—(12) 3e. série, p. 285-286.—(13) 1e. série, p. 191-192.—(14) 1e. série, p. 144-145.



## El Abandono a la Voluntad de Dios



El abandono a la voluntad de Dios es una expresión bastante usada en el lenguaje de las almas y que han explicado magistralmente y recomendado sobre manera Bossuet, San Francisco de Sales, Mons. Gay, Caussade, Lechoday, y sobre todo Santa Teresita, cuyo camino de Infancia espiritual tiene como remate el abandono a la voluntad de Dios.

Sin embargo, aunque teóricamente comprendemos lo que este abandono significa, en la práctica no pasa lo mismo, de manera que con frecuencia no lo hacemos consistir sino en una actitud pasajera, que se desmiente desde el momento en que la voluntad propia se encuentra en pugna con la voluntad divina, oculta bajo los acontecimientos, o en la voluntad de los hombres que tratan de contrariar la nuestra.

En realidad, el abandono es una cosa precisa cuyas consecuencias se ramifican hasta el último de nuestros actos.

Para tener una idea exacta de este abandono, conviene distinguir las diferentes actitudes que puede tomar un alma en presencia de las disposiciones divinas. Puede elevarse, como lo hace notar Mons. Gay, de la simple obediencia al abandono total, pasando, como por otros tantos grados, por la resignación, la aceptación, la aquiescencia, la conformidad y la indiferencia.

En esta gradación ascendente, el último escalón está reservado al abandono, cumbre y resumen de la per-

feción, porque “La perfección consiste —dice el P. de Caussade—, en el puro amor; y el ejercicio del puro amor consiste en el abandono”.

## I.—NATURALEZA DEL ABANDONO

1º.—Es un acto radical.

“Es —dice Bossuet— el acto que entrega todo el hombre a Dios: su alma, su cuerpo, sus pensamientos, sus deseos, sus miembros, sus venas con toda la sangre que encierran”.

Mons. Gay por su parte lo define: “El acto dulce, lleno, viviente, inefable; el acto radical, la entrega libre, total, gozosa de nuestro ser en las manos de Dios”.

Es sin duda el abandono el acto supremo y decisivo del amor. Abandonarse es más que darse: Jesús se dió en la Encarnación, se abandonó en la pasión y permanece abandonado en la Eucaristía.

Abandonarnos, por tanto, es renunciarnos, dejarnos, perdernos, entregarnos sin medida, sin reserva, al Unico que tiene el derecho de poseernos. En realidad, es el don total, la pérdida de nosotros mismos en Dios. Podemos todavía interesarnos en una cosa que hemos dado; una cosa abandonada, al contrario, la hemos perdido totalmente, ni siquiera tratamos de saber cuál fué y cuál será su destino.

El abandono implica, pues, la abdicación absoluta y perpetua de nuestros derechos de propiedad, la enajenación voluntaria y gozosa de nuestra libertad unificada en adelante con la adorable voluntad de Dios.

\* \* \*

2º.—La actitud del alma.

Una vez realizado este acto, el alma verdaderamente abandonada adopta una actitud y se establece en un estado a la vez **pasivo** y singularmente **activo**.

El abandono es entonces la actitud del alma que renueva, a lo largo de la vida, ese acto inicial y que sin cesar lo profundiza y lo entiende mejor a medida que nuevas luces le descubren los últimos reductos del “yo”.

Podemos distinguir:

a) La actitud **pasiva** en la cual el “yo” muere de inanición; a tal grado se le ha relegado al olvido, de tal

manera ha abierto el alma sus puertas al torrente devastador de las exigencias divinas.

b) Una actitud **activa** en la cual el alma se ofrece y se da a cada instante, hasta que se consume la unión o la fusión total de su voluntad a la voluntad de Dios; hasta que se convierta en simple instrumento de esa voluntad que la hará obrar y trabajar según sus designios.

Realizado este acto y asumidas por el alma esas dos actitudes, el alma abandonada no pensará más que en ser un "sí viviente", un "sí de amor", a todo lo que Dios quiera.

Antes de llegar al detalle y a la práctica de este acto, a primera vista tan sencillo pero tan difícil en realidad, bueno será ver los fundamentos dogmáticos sobre los que descansa.

## II.—FUNDAMENTOS DOGMATICOS DEL ABANDONO

I.—**El santo abandono se basa en la voluntad divina, causa soberana de todo lo que sucede en este mundo.**

Sabemos, en efecto que nada sucede en la tierra sin la voluntad o dispositiva o permisiva de Dios; lo sabemos en principio, pero de hecho no lo creemos bastante: ¡hay tanta distancia entre el conocimiento especulativo y la convicción práctica!

a) **Todo lo que pasa sobre la tierra tiene su causa primera y soberana en la voluntad de Dios.**

La razón nos lo asegura, pues nadie podría obrar independientemente de la causa creadora. La fe nos lo confirma. Por tanto, no podemos dudar de esta verdad.

b) **Pero, cuando esa voluntad divina nos llega velada por una voluntad humana o bajo la nube de un acontecimiento, entonces nuestra fe vacila, discute y a veces delira.** De ahí tantos extrañamientos poco respetuosos, tantos escándalos sin fundamento, tantos desalientos injuriosos a Dios y hasta tantas desesperaciones.

Ortodoxos en nuestros pensamientos, aparecemos prácticamente como infieles.

c) **Es necesario, por tanto, saber reconocer la voluntad divina a través de las cosas y de los acontecimientos.**

El azar, el destino, no es sino el incógnito de la Providencia; hasta un cabello de nuestra cabeza no cae sin que Dios lo quiera o lo permita. Ciro, Alejandro, Atila, Napo-



león, no fueron sino los obreros, a las veces los azotes de Dios. Durante 3 siglos la Iglesia naciente parecía ahogarse en un mar de sangre; los perseguidores no eran, sin embargo, sino instrumentos de la voluntad divina.

La misma pasión de Cristo fué decretada por Dios. Sí, la voluntad de Dios quiso esa agonía, ese fracaso, esa muerte... Después de lo cual, ¿cómo nos rehusamos a reconocer la voluntad divina en nuestras humillaciones, en nuestras decepciones, en nuestras pruebas, en nuestras enfermedades, en todos los males que llamamos nuestras cruces? Lo que fué verdad para Cristo ¿no lo será para nosotros?

Cuando llegamos a convenernos bien de que todo depende de la voluntad de Dios, de su Providencia, del orden que Él ha establecido, de las leyes que ha fijado, del consentimiento que presta, ¿cómo todo se aclara y se ilumina todo!

Sin duda que con frecuencia no comprendemos la razón de las disposiciones divinas. Pero, ¿tiene Dios obligación de rendirnos cuentas y de darnos explicaciones? Lo que nos parece desorden es, en el fondo, armonía; porque nos pasa lo que a una persona que juzga de un tapiz viéndolo por el reverso...

Orden o permisión de Dios, todo lo que sucede lleva uno de estos dos sellos. Aprendamos, pues, a ver en todo la voluntad de Dios, a respetarla y a amarla

\* \* \*

**II.—Esa voluntad de Dios es buena y bienhechora, como lo es Dios mismo.** Desde que Dios quiere una cosa, necesariamente es bueno que la quiera; queriéndola, hace un acto de bondad; no puede no ser bueno lo que Dios quiere.

Llamamos a esa voluntad: mandamiento, consejo, inspiración, permisión, castigo; es siempre la misma fuerza divina dirigida al bien absoluto.

Esta es una verdad que todos admiten; pero aquí también, ¿qué difícil es ver al mismo tiempo esta augusta voluntad en las voluntades particulares que nos hieren por el intermedio de las criaturas y de los acontecimientos! Nuestra fe debiera ser bastante viva para descubrir-la y para decir: “¡Es el Señor!”



Sí, es la voluntad de Dios que me quiere enfermo, contradicho, desprestigiado, calumniado... la que ha dispuesto este encuentro... la que me ha traído este sufrimiento y esta dificultad... la que permite esta tentación...

Cuántos hay que quieren aceptar las cruces que Dios les envía, si se ponen de acuerdo con ellos, pero que las rehusan cuando no han sido consultados. ¿No es esto, en efecto, discutir con Dios y perder el candor infantil de la santidad? Esas disposiciones divinas no pueden menos que ser buenas, tanto en su fuente como en su fin. Buenas en todo, para todos y siempre.

Tales son los principios sobre los cuales se funda el abandono a Dios.

\* \* \*

### III.—Este abandono por lo demás se impone.

Tengamos cuidado: lo que Dios ordena o permite ningún poder humano podrá jamás impedirlo. El es el amo. Hace todo lo que quiere aún con los hombres que rehusan cooperar a sus fines; se agitan, se apresuran, se debaten, se matan, creen perseguir sus propios intereses y se dan cuenta más tarde que no han hecho otra cosa que cumplir, sin sospecharlo, la voluntad divina.

Ese abandono se impone, porque somos **ignorantes, débiles e indignos**.

**¡Ignorantes!** ¿Qué cosa mejor podemos hacer que confiar nuestra ignorancia a la luz de la sabiduría de Dios? Sabe lo que quiere de nosotros; lo que nos conviene y lo que nos perjudica; por tanto, hay que abandonarnos en sus manos a ojos cerrados.

**Débiles**, lo somos también, ¿es menester probarlo?... Con nuestros medios limitados y con nuestras fuerzas infantiles ¿qué cosa más natural que poner nuestra debilidad en manos del Omnipotente.

**Indignos**, sí, indignos de todo porque somos nada y una nada pecadora. ¿La nada no es la última de las miserias?

En enaunto a nuestras faltas, el mejor medio de purificarnos de ellas es arrojarlas, con un sincero arrepentimiento, en el océano de las misericordias divinas. Esto es terrible, pero es lo más seguro y lo más prudente.

Cuando estamos bien convenidos, cuando tenemos suficiente confianza en Dios para entregarle las llaves de nuestra casa, la vida espiritual se simplifica, se ilumina, una fuerza nueva se infunde en nosotros, al mismo tiempo que una confianza imperturbable; el alma se hace muy humilde, se siente más filial, se rejuvenece y no confiando ya sino en Dios solo, camina con pasos más seguros.

Desde ese momento, despojados de todo, principalmente de nuestro "yo", ya no nos quedamos complaciéndonos en nuestras propias sombras; el sol de Dios ilumina nuestra vida y, filialmente abandonados a la voluntad divina, nos refugiamos bajo las alas de su misericordia. Este gesto es la expresión legítima del sentimiento de nuestras deudas respecto de Dios.

El abandono entonces produce necesariamente la confianza y "en la prosecución de la santidad—dice el P. Faber— la confianza es el progreso".

\* \* \*

Comprendemos entonces la hermosura, la grandeza y aún la necesidad de este acto de abandono y de la actitud que nos impone en nuestras relaciones con Dios; pero cuando se trata de trasportarlo a la trama ordinaria de la existencia vacilamos, andamos a tientas, buscamos, ya no vemos.

Por eso nos ha parecido bueno hacer el análisis de este acto, descender a los detalles, mostrarlo obrando hasta en sus últimas ramificaciones y especificar bien y precisar su práctica. Lo que haremos en el próximo artículo.



# **NOVEDADES:**

**Misa y Oficio Propio de Nuestra Señora de la Paz** que últimamente acaba de conceder la Santa Sede a la nación mexicana para el 24 de enero.

Misa, en tamaño grande (para misal de altar) \$ 1.00.

Oficio, en tamaño de breviario (8 páginas) \$ 2.00.

**"El Sacramento de la Unión Divina"** por el Padre J. G. Treviño, M. Sp. S. Breves explicaciones sobre la sagrada Comunión.

Un opúsculo de 68 páginas, rústica \$ 0.75; desde 10 ejemplares, a 60 cvos.; desde 100 ejemplares, a 50 cvos.

**Breve Noticia de los Misioneros del Espíritu Santo.** Por el Padre J. G. Treviño, M. Sp. S. Opúsculo ilustrado, que describe la Congregación de los M. Sp. S. con sus Fines, su Organización, sus Actividades, su Historia, su Espíritu.

11 x 22 cms. \$ 2.00.

**"El Santo Sacrificio de la Misa"**, Himno de gloria a la Santísima Trinidad. Por el P. Mateo Crawley, SS.CC.

Rústica, \$ 0.60.

**"¡Ven... Sígueme!"** Exhortación a la santidad a los sacerdotes y a los que aspiran al sacerdocio, por el mismo autor.

Rústica, \$ 1.00.

**"La Cruz"**. El año de 1950 empastado en tela.

Un tomo de 432 páginas, \$ 6.50.

**"Pentecostés"**. Los años de 1949 y 1950 empastados en tela.

Un tomo de 384 páginas, \$ 4.00.

De estas dos colecciones hay pocos ejemplares. Agréguese lo necesario para portes y certificación.



**EDITORIAL**

**"LA CRUZ"**

APARTADO 1580

MEXICO 1, D. F.

# OBRAS

del Exmo. Sr. Dr. D. Luis M. Martínez

ARZOBISPO DE MEXICO

Volúmenes de 21 x 14 cms.

"EL ESPIRITU SANTO".—3ª Edición.—Tiene 4 tratados: I.—*La verdadera devoción al Espirita Santo*. II.—*Los Dones*. III.—*Los Frutos*. IV.—*Las Bienaventuranzas*.—Con 420 páginas, \$ 12.00.

"JESUS".—3ª Edición.—Páginas admirables sobre la fisonomía de Jesús.—Tiene 4 partes: I.—*Las enseñanzas de Jesús*. II.—*La transformación del alma en Jesús*. III.—*El interior del Corazón de Jesús*. IV.—*El descanso divino*.—\$ 7.00.

"LA PUREZA EN EL CICLO LITURGICO".—Obra de grande originalidad, que nos presenta la pureza a través del ciclo litúrgico. Contiene además "Espigas litúrgicas", o sean varias elevaciones sobre las diferentes etapas del ciclo litúrgico.—Con 238 páginas, \$ 4.00.

"SANTA MARIA DE GUADALUPE".—2ª Edición.—Magnífico comentario sobre las palabras de la Santísima Virgen en el Tepeyac.—Contiene además varios artículos guadalupanos.—Con 224 páginas, \$ 4.00.

"A PROPOSITO DE UN VIAJE".—3ª Edición.—Notas personales e impresiones íntimas llenas de unción divina y de arte exquisito, a propósito de un viaje por América, Europa y Asia, \$ 5.00.

"EL SACERDOTE", "*Misterio de Amor*".—Páginas llenas de elocuencia y de unción, de ideas profundas y luminosas sobre el sacerdocio católico.—Con 305 páginas, \$ 6.00.

"ALMAS PROCERES".—Sugestivas monografías de algunas almas escogidas, \$ 4.50.

"VIDA ESPIRITUAL".—Es la 2ª Edición de "Simientes Divinas" notablemente aumentada de 190 a 344 páginas, \$ 7.50.

"LA INTIMIDAD CON JESUS".—Trata de la unión e intimidad con Jesús mediante el ejercicio de las virtudes teologales de fe, esperanza y caridad.—Un volumen de 280 páginas, \$ 8.00 rústica.

"SECRETS OF THE INTERIOR LIFE".—Versión autorizada de "*Simientes Divinas*". Traducción del R.P. Beutler, C.M.—B. Herder Book Co.

"APUNTES PARA SERVIR A LA HISTORIA DEL ARZOBIS- PADO DE MORELIA por el M.I. Sr. Cngo. Lic. D. Juan B. Buitrón. —Prólogo del Excmo. Sr. Dr. D. Luis M. Martínez, Arzobispo de Mé- xico.—Un volumen de 24 x 17½ cms., de 344 páginas, en magnífico papel biblios, con numerosos grabados y carátula a colores: Precio de propaganda: \$ 15.00 rústica, \$ 17.50 tela.

Venta: Editorial "La Cruz", Apdo. 1580.—México 1, D. F.

## OBRAS del Padre J. G. TREVIÑO, M. Sp. S.

Volúmenes de 21 x 14 cms.

"LA EUCHARISTIA".—5ª edición.—Meditaciones sobre la Eucaristía, 232 páginas, \$ 5.50. — Traducciones en inglés y holandés.

"CONFIEMOS EN EL".—4ª edición.—Reflexiones para despertar la confianza en N. S. 274 páginas, \$ 6.00.

"MADRE".—4ª edición.—Págs. sobre la Sma. Virgen en su misión tan consoladora de Madre de todos los hombres, \$ 4.00.—Traducción en holandés.

"SENDEROS DE LUZ".—2ª edición, \$ 6.00.

"SENDEROS DE PAZ".—2ª edición, \$ 5.50.

"SENDEROS DE AMOR".—2ª edición, \$ 5.25.

Estas tres series forman un pequeño tratado sobre la vida espiritual al alcance de todos los fieles.

"LA MUJER".—2ª edición.—Expone la noble y elevada misión de la mujer. 200 páginas. \$ 4.00.

"SI QUIERO, PUEDO SER SANTO".—2ª edición.—La Santidad está al alcance de todos. 234 páginas, \$ 6.00.

"HACIA LAS CUMBRES".—2ª edición.—Páginas de heroísmo para la niñez y la juventud, \$ 4.00.

"EL REINADO DEL ESPIRITU SANTO".—La Acción del Espíritu Santo en las almas, \$ 4.00.

"PERFUMES LITURGICOS".—Para asimilarse el espíritu de la Iglesia, siguiendo el Ciclo Litúrgico. 350 páginas, \$ 7.00.

"PADRE, SANTIFICADOS EN LA VERDAD".—Disipa los errores en el camino de la perfección. 278 páginas, \$ 6.50.

"ESCONDIDA SENDA".—Páginas sobre la vocación y la vida religiosa. 266 páginas, \$ 5.25.

"VIDA".—Reflexiones sobre la vida de la gracia y la vida de la gloria, \$ 4.00 rústica.

"SANTIDAD Y BUENA VOLUNTAD".—Traducción del francés.—La santidad al alcance de todos. \$ 5.50 rústica.

"ANTONIO PLANCARTE Y LABASTIDA".—Su vida — sus obras — sus pruebas.—2ª edición corregida y aumentada, \$ 4.50.

"UN ALMA SACERDOTAL".—Su fisonomía — sus escritos. Biografía del P. Javier M. Calderón y una selección de sus escritos. 120 págs. y 8 grabados fuera del texto, \$ 5.00.

"LA SONRISA DE UN ALMA".—Biografía edificante. Agotada.

"LAS RELIGIOSAS DE LA CRUZ".—Su vida — sus fines — su oportunidad (Agotada).

"UN APOSTOL DE LA CRUZ". Concepción Cabrera de Armida.—Su vida — su espíritu — sus obras.—Prólogo del Exmo. Sr. Martínez, Arzobispo de México.—330 páginas y 20 grabados fuera del texto. Rústica, \$ 8.00; encuadernación especial, \$ 10.00.

EL SACRAMENTO DEL PERDON DIVINO.—Instrucciones sobre la Confesión. \$ 0.75.

BREVE NOTICIA DE LOS MISIONEROS DEL ESPIRITU SANTO.—Sus Fines, su Organización, sus Actividades, su Historia, su Espíritu. 11 x 22 cms. \$ 2.00.

"¡YO LA MATE...!"—Drama en 5 actos. 2ª edición, \$ 1.25.

"DOS NAVIDADES".—Drama en 7 cuadros. 2ª edición, \$ 0.50.

"DUERME NO LLORES".—Villancico, letra y música. Se requiere para el drama anterior, \$ 0.85. Tomando los dos, \$ 1.25.

"TRILUDIO GUADALUPANO"—3 cánticos populares, \$ 1.75.

"SEIS CANTICOS AL ESPIRITU SANTO Y A LA CRUZ".—\$ 2.00.

NUEVO METODO PARA REZAR EL ROSARIO. — VIACRUCIS.—El ciento de cada uno, \$ 7.50.

Todos estos libros pueden venderse empastados en tela, con un aumento de \$ 1.50 neto.

DE VENTA: Apdo. Postal 1580 - México 1, D. F.



**Acaba de aparecer:**

## "HACIA EL DIVINO PADRE"

**Ensayo sobre la espiritualidad del P. Félix de Jesús  
Rougier, por el Padre J. Padilla,  
Misionero del Espíritu Santo.**

El P. Félix, tan conocido y venerado por los lectores de esta Revista, fué sin duda un alma muy amada de Dios y de intensa vida interior. Conocerlo más íntimamente creemos que será provechoso a las almas y por eso hemos querido estudiar, más que su actividad exterior, su vida espiritual.

Tal es el objeto de este libro. Su índice nos dará una idea de su contenido.

1ª PARTE. **La Trinidad en la Unidad.** Con 4 capítulos: Amor Singular — Amor igual — ¡Dios, Dios, Dios! — En íntima conversación con las Divinas Personas.

2ª PARTE. **Al Padre Amadísimo.** Con 4 capítulos: Todo para la gloria del Padre — La primera de las devociones — El gran Misionero del Padre — ¡Padre, Padre bueno!

3ª PARTE. **Por Jesucristo Nuestro Señor.** Con 6 capítulos: El clamor de la sangre — Nuestro Abogado ante el Padre — La unión con Jesús — La transformación en Cristo — El camino de la transformación — El secreto de la transformación.

4ª PARTE. **Bajo la moción del Espíritu Santo.** Con 4 capítulos: Apóstol del Espíritu Santo — Espíritu Vivificador — Espíritu de Padre y del Hijo — La verdadera devoción al Espíritu Santo.

5ª PARTE. **En unión con María.** Con 6 capítulos: Después de Dios María — María Castredentista — María Dispensadora de todas las gracias — A Dios por María — Con María todo. Sin María nada. — Ser como María es ser otro Cristo.

EPÍLOGO.

Un volumen de 21 x 14 cms. y 200 páginas.

\$ 7.50 rústica.

Venta: Editorial "La Cruz", Apdo. 1580.—México 1, D. F.





FOR LIBRARY USE ONLY

Princeton Theological Seminary Library



1 1012 01470 5562

